

Diminuto

y el monstruo subterráneo

Liliana Cinetto

Ilustraciones de O'Kif-MG

loqueleg

CAPÍTULO 1

EN EL QUE CUENTO ALGUNAS COSAS RARAS QUE EMPEZARON A PASAR CON LA PRIMAVERA

El primero en darse cuenta de que en mi barrio pasaba algo raro fue mi perro Diminuto, aunque nadie le hizo caso por el asunto de la primavera. Ni siquiera yo le hice caso. Y eso que soy el que más lo conoce de la familia. Primero, porque, como toda la vida quise tener perro y nunca me dejaron, me convertí en experto jugando con los perros de mis vecinos y leyendo la *Enciclopedia Canina* de diez tomos que me regaló mi madrina para consolarme. Segundo, porque, desde que encontré a Diminuto en la calle y me lo llevé a casa escondido en un bolsillo, no me separé de él nada más que para ir al colegio. Bueno, casi casi me separo para siempre de Diminuto cuando mi familia lo descubrió y el perro empezó a armar unos líos tremendos como

hacerle pis en la blusa nueva a mi hermana, morderle el dedo a mi maestra y un par de cositas más que ahora no voy a contar porque, claro, son parte de otra historia. Tercero, porque Diminuto será perro, y perro chiquito además (mide tres centímetros de largo por dos de alto, duerme en una cucha de caja de fósforos y usa una correa de piolín), pero es inteligente. Y especial. Tan especial que, en realidad, fue él quien logró que mi familia, al final, se encariñara con él y aceptara tener un perro. Y eso que yo les había insistido e insistido durante años (porque soy especialista en insistir) y jamás había podido convencerlos.

Pero sobre todo soy el que más conoce a Diminuto, porque es mi amigo y, aunque sea un perro, entiendo perfectamente todo lo que le pasa.

Sin embargo, esa vez no lo entendí. Seguramente, por el asunto de la primavera. Y es que era la primera vez que llegaba la primavera desde que Diminuto vivía con nosotros. Y Diminuto estaba nervioso. Muy

nervioso. Como loco estaba. Es cierto que antes había hecho travesuras, como masticarle las sandalias a mi hermana o arrastrar la silla a la que lo habíamos atado y dejar la casa patas para arriba. Pero eso fue al principio, cuando él era chiquito (chiquito de edad, no de tamaño) y no sabía que no tiene que masticar las sandalias de mi hermana porque pueden intoxicarlo o envenenarlo con el olor. Pero después, desde que se volvió un poco más grande (grande de edad, no de tamaño) Diminuto se porta como un perro educado y obediente. Además, nos defendió varias veces de ladrones e incluso de fantasmas, aunque eso tampoco voy a contarle ahora, porque claro, son otras historias. Lo que sí voy a contar ahora es lo que pasó cuando llegó la primavera y Diminuto tuvo como un ataque de locura perruna. Rascaba la puerta y los muebles, quería ir a la calle todo el tiempo, perseguía otros perros, ladraba sin parar, aullaba de noche como un lobo... Mi papá decía que era por el asunto de la primavera, que había

llegado la primavera, que a los animales les afecta la primavera y que, cualquier cosa, mejor fuera a preguntarle a mi madre. Es que mi papá no es muy creativo para dar explicaciones. En cambio, mi mamá me decía que la primavera es la época en que no solo florecen las plantas, sino que también nace el amor y se despiertan los instintos de la naturaleza para crear nuevas vidas y qué sé yo cuántas cosas más, porque ella es muy creativa para dar explicaciones. Y mi hermana Carolina, que tiene quince años y es una insoportable cascarrabias, me decía que yo, *¡atchís!*, era un mocoso tarado, *¡atchís!*, que todavía no me había avivado, *¡atchís!*, pero lo que le pasaba a Diminuto era que necesitaba una novia. *¡Atchís!* (Es que, como mi hermana tiene alergia, todo la hace estornudar. Especialmente en la primavera, cuando vuela el polen y ella se la pasa de muy mal humor y de estornudo en estornudo).

Igual mucho no le creí a mi hermana porque ella siempre está buscando novio,

aunque sea pleno invierno y haga cincuenta grados bajo cero, y porque en ninguno de los diez tomos de la *Enciclopedia Canina* decía nada sobre ese tema de los perros y la primavera.

Pero era evidente que algo raro pasaba con Diminuto y la única razón parecía ser la primavera que, hasta ese momento, nunca me había molestado, salvo porque aumentaban los estornudos y el malhumor de mi hermana. Al contrario, me gustaba que comenzaran los días lindos y los primeros calorritos en los que mi mamá no me decía:

—Federico, abrigate que te vas a enfermar. No salgas sin la campera que hace muchísimo frío. Ponete el buzo que hay virus por todos lados... —y no sé cuántas cosas más porque mi mamá es muy creativa para cuidarme.

También me gustaba la primavera porque faltaba poco para que terminaran las clases. Mucho más ese año, ya que no iba a tener que aguantar a mi maestra, la misma del año anterior (porque había

pasado de grado con nosotros), que era más insoportable que mi hermana y me la tenía jurada desde que Diminuto le había mordido el dedo.

La cuestión es que, cuando Diminuto se puso nervioso, me fastidió la primavera. Quería que se acabara de una buena vez y que Diminuto dejara de portarse de esa forma tan extraña. Y es que se despertaba a la noche a cada rato, paraba las orejas como si escuchara ruidos, aunque no se oyera nada, iba y venía... Yo trataba de calmarlo. Le hacía mimos detrás de las orejas, que son los mimos que más les gustan a los perros, le hablaba (porque en el tomo seis de la *Enciclopedia Canina* hay un artículo de psicología donde dice que es conveniente hablarles a los perros) y lo sacaba a pasear en cuanto llegaba del colegio. Pero eso tampoco lo tranquilizaba. Además, en la plaza, que quedaba a un par de cuadras de mi casa, Diminuto se ponía peor. Más nervioso. Y eso que, a él, la plaza siempre le había gustado. Ni siquiera quería jugar

con el escarbadientes (es que todos los palos son demasiado grandes para él). Yo se lo tiraba lejos para que fuera a buscarlo y me lo trajera, y él, nada. Menos que menos quería juntarse con otros perros. Se la pasaba corriendo de acá para allá, gruñendo, olisqueando los yuyos y las bolsas de materiales y de escombros que había apiladas al lado de la fuente que está justo en el medio de la plaza.

—Seguramente van a arreglarla —comentó un día mi mamá—. Por eso pusieron ese tabique alrededor, como el que hay en las obras en construcción.

—Ya era hora *jatchís!* de que la arreglaran, *jatchís!*, porque la plaza, *jatchís!*, está hecha un verdadero asco, *jatchís!*, aunque todo ese polvillo, *jatchís!*, me hace estornudar, *jatchís!*, cada vez que paso por ahí, *jatchís!* —estornudó, digo, agregó Carolina.

No le contesté a mi hermana porque a ella todo la hace estornudar. Pero, además, porque no quería darle la razón.